

TUCAN  10+

El Loco del Martinete

PAULETTE JONGUITUD ACOSTA



edebé



El Loco del Martinete

Paulette Jonguitud Acosta

El Loco del Martinete



edebé

© Paulette Jonguitud Acosta, 2013

© Ed. cast.: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés
© *Ilustraciones:* Ferni

Primera edición: septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0866-1
Depósito Legal. B.
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Claudio, cabeza de mi corazón.

Índice

1. Los nuevos vecinos	9
2. De vampiros y luchadores	21
3. Las acrobacias de Martina.....	27
4. El terrible papá de Martina	35
5. Un trato con Esfinge	41
6. El Loco del Martinete	57
7. Un nuevo nombre para Claudio	73
8. El reporte del Vampiro Goleador ...	83
9. Todas las pistas y una sospecha	93
10. El secreto de Esfinge	105
11. En primera fila	121

1

Los nuevos vecinos

¿Qué iba a saber Claudio de lucha libre? Bueno, lo mismo que todos: «Máscara contra Cabellera lucharán a tres caídas, sin límite de tiempo». Aparte de eso: nada. A él solo le apasionaban dos cosas: el fútbol y los vampiros. Cómo se iba a imaginar aquella mañana en que llegaron los nuevos vecinos que se vería envuelto en una historia de misterio y horror dentro del mundo de la lucha libre.

Los vecinos llegaron con un enorme camión de mudanzas cuando apenas amanecía. Desde la ventana del cuarto que Claudio compartía con su hermano Marcos, pudo ver el

camión y tantos muebles como no había visto nunca. La casa de al lado era mucho más grande que la suya, pero aun así le costaba trabajo imaginar dónde irían a poner tanta cosa. Aquello era casi una zona de guerra: torres de muebles forrados en plástico, cajas negras que parecían ataúdes de niños, hombres que iban de un lado a otro con bultos amorfos.

Una señora muy guapa y pequeña caminaba de la casa al camión dando órdenes a los trabajadores: «Cuidado con las sillas, son nuevas; el sofá negro de piel va en el piso de arriba, junto con la pantalla de plasma; la cama de la niña es delicada, no la muevan mucho». Tras ella, una niña de unos ocho o nueve años, el cabello en dos largas trenzas negras. Lástima, pensó Claudio, le hubiera gustado que el nuevo vecino fuera niño para jugar al fútbol con él.

—¡Clau! —gritó su mamá desde la cocina—. Si no te das prisa, te vas a la escuela sin desayunar.

Horas más tarde, cuando Claudio regresó del colegio, el camión ya se había ido y la casa vecina estaba en silencio, como si todo el desastre de la mañana no hubiera ocurrido nunca. Su mamá hablaba por teléfono con una de sus amigas, y espiaba hacia afuera desde la ventana de la cocina.

—Por lo menos lo recogieron todo. ¿Y el marido? ¿Lo viste? No, yo solo vi a la mujer. ¿Enorme, dices? ¿Como de qué tamaño? ¿Dos metros? Y ella tan pequeñita. Sí, solo tienen una niña, por lo que se ve. En un rato voy a mandar a Claudio con unas galletas de bienvenida. A ver de qué se entera.

—¿Por qué yo? —se quejaba Claudio mientras su mamá le pasaba un peine mojado por la nuca—. Si quieres darles la bienvenida, lleva tú las galletas.

—No seas grosero. Haz lo que te digo. A ver, te pongo la corbata.

—¿Corbata? ¡Mamá! Me están esperando en la esquina de la tienda para ir a jugar al fútbol. Que vaya Marcos.

—Nada de fútbol. Primero lo primero. A Marcos no lo voy a mandar, es un bruto, seguro que se come las galletas antes de llegar. Toma la bandeja. Llévalas así para que no se desacomoden que bastante tiempo me tomó ponerlas en forma de corazón. A ver, dime otra vez, ¿qué vas a decir?

—Ya lo repetí cien veces.

—Pues que sean ciento y una.

—*Buenas tardes, señora, soy Claudio, su vecino de la casa cuatro* —dijo Claudio de muy mala gana—. *Me manda mi mamá a darle la bienvenida y a traer estas galletas que le compró a la señora del...*

—*Estas galletas que hizo para usted* —interrumpió la madre, molesta.

—Pero si las hizo la señora del...

—Tú repite lo que digo y vete ya.

Claudio caminó los pocos metros que se-

paraban su casa de la de los vecinos, tocó el timbre y deseó con todas sus fuerzas que no respondiera nadie. Aún tenía muchos deberes por hacer pero, si se daba prisa, podía alcanzar a Marcos y jugar uno o dos partidos detrás de la tienda. Escuchó pasos al otro lado de la puerta. Le abrió la señora pequeñita.

—Buenas tardes, señora, soy Claudio, su vecino, y mi madre me mandó a que le trajera estas galletas de bienvenida, las hizo la señora de... No, ¿cómo era? Las hizo mi madre en forma de corazón... No...

—Ay, hijo, qué detalle, pasa —la mujer lo empujó hacia dentro y Claudio no tuvo más remedio que dejarse llevar.

—¿Dónde vives? —preguntó la señora.

—Aquí, en el cuatro —Claudio miró a su alrededor, había cajas y plástico para envolver por todos lados, pero la casa estaba limpia y entraba mucha luz.

—¡Martina! —gritó la señora y poco des-

pués apareció la niña de las trenzas—, este es Claudio, el vecino, ¿por qué no le enseñas la casa mientras yo os preparo un poco de leche para las galletas?

—No, señora, yo tengo que...

—Nada —dijo la señora—, tú vas a comer estas galletas con nosotras, que no conocemos a nadie por aquí y nos va a venir muy bien la compañía. Martina, enséñale los juegos del jardín.

Sin decir nada, la niña salió por la puerta trasera y Claudio fue con ella. En el pequeño jardín tras la casa habían puesto un tobogán y unos columpios nuevos, todavía con el forro de plástico en las patas. Al fondo había un árbol del que colgaba un enorme costal de boxeo, casi del tamaño de Martina. Claudio caminó hacia este y vio que estaba muy sucio y gastado.

—Es de mi papá —dijo Martina—, no lo toques.

—¿Por qué no? —Claudio extendió una

mano, pero la niña le tiró del pelo—. ¡Oye!, ¿qué te pasa?

—Te dije que no lo toques, es de mi papá. Solo él puede usarlo.

Claudio volvió a tocar el costal de boxeo, solo por molestar a Martina; ella le tiró de la camisa con fuerza insospechada y lo hizo caer de nalgas en la hierba.

—Te dije que no. ¿Eres tonto?

A Claudio le habían dicho hasta el cansancio que nunca de los nunca había que pegarle a una niña, pero esta se estaba ganando al menos un buen empujón. Claudio se puso en pie de un salto, llegó hasta el costal de boxeo y lo abrazó. Sintió entonces que Martina le bajaba los pantalones y eso sí que le hizo enfadar. Antes de darse cuenta ya peleaba con la niña, le tiraba de las trenzas, le quitaba los zapatos, pero esa Martina era mucho más fuerte de lo que parecía y en un santiamén logró sentarse sobre la espalda de Claudio, torcerle el brazo y dejarlo inmovilizado.

—Suéltame, se lo voy a decir a mi mamá
—dijo Claudio y se sintió todavía más avergonzado por quedar como un llorón.

—Te dije que no lo tocaras.

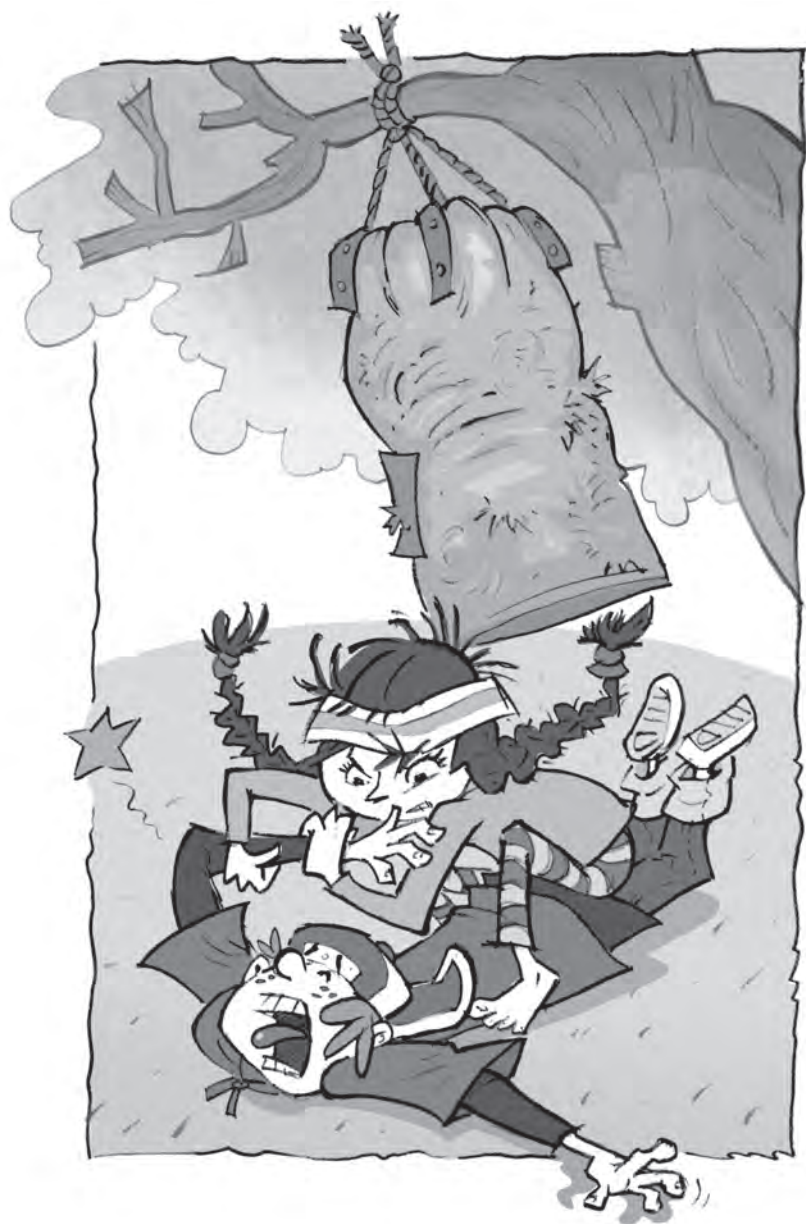
—¿No sabes decir otra cosa? *No lo toques, no lo toques, es de mi papá.* Es lo único que me has dicho en todo el rato.

La señora salió en ese momento de la casa y al ver a su hija, despeinada, aplicándole una llave de lucha al vecino, casi se le cae la bandeja de las galletas apiladas en forma de corazón.

—¡Martina! ¿Qué estás haciendo? Bájate de ahí, demonio. Ay, hijo, a ver, levántate. Te has quedado lleno de tierra. Martina, ¿qué pasó?

—No es nada, señora, estábamos jugando
—dijo Claudio para intentar salvar el poco honor que le quedaba.

—Sí, ya veo. Martina, ¿por qué siempre tienes que golpear a los niños? ¿Qué va a decir tu mamá, hijo, ella que tan amable me compró estas galletas?



—No se preocupe, señora, de verdad
—Claudio no era tan tonto como para contar por ahí que una niña de trenzas lo había dejado tirado en la tierra.

—Le dije que no tocara el costal de boxeo de papá —gruñó Martina todavía con las trenzas hechas un desastre.

—No empieces con el maldito costal. Subid al baño los dos, limpios y bajad a comer las galletas con leche, como la gente decente.

Martina subió hasta el baño, seguida por Claudio. El piso de arriba estaba tan lleno de cajas como el de abajo. Martina entró en el baño y cerró la puerta. Claudio aprovechó para espiar un poco entre las cajas.

De una de ellas asomaba una tela negra y brillante. «Parece la capa de un vampiro», pensó y, emocionado, la sacó: era una máscara de luchador, pero como él nada sabía de lucha libre no supo si era de algún luchador famoso. Curioseó un poco más y vio que la caja estaba llena de máscaras iguales: negras,

hechas con tela brillante y los ojos rodeados de rojo. En ese momento escuchó que Martina abría la puerta del baño y corrió a pararse frente a la puerta, no quería otra tunda.

Cuando Martina bajó, Claudio entró al baño y se restregó tanto la cara que ya no supo si la tenía roja de vergüenza por la revolcada que le habían dado o por el jabón.

Al salir, volvió a ver la máscara asomando de la caja y se disponía a sacarla de nuevo cuando la señora gritó desde abajo.

—¿Terminaste? Ya estamos sentadas a la mesa.